

**El Peronismo a debate: identidad política e historia reciente en la revista
Unidos (1983-1988).**

**González Tizón, Rodrigo¹
Villegas, Saúl Matías²**

Resumen

El epílogo de la última dictadura militar encontró al peronismo en una de las mayores encrucijadas de su historia: reconstruir al movimiento para erigirlo nuevamente como una alternativa política viable dentro el futuro escenario democrático. Se trataba de revitalizar una fuerza política herida, de identidad desdibujada, en cuyo pasado reciente pesaban la muerte del líder histórico, el derrumbe estrepitoso del gobierno de Isabel y el final trágico de la lucha armada.

En ese contexto, un grupo de militantes peronistas –entre los que se mezclaban antiguos cuadros y jóvenes promesas– dio vida a *Unidos*, una revista que se planeaba realizar la crítica del histórico movimiento desde adentro.

Este trabajo aborda esta publicación en los años que van desde su lanzamiento en 1983 hasta el triunfo de Menem en las internas de 1988. Consideramos que este emprendimiento editorial plasma una época de vivos debates hacia dentro del peronismo, en donde las revisiones al pasado reciente y el análisis de la coyuntura política del momento, signada por el triunfo radical de 1983 y la crisis del peronismo, muestran una construcción identitaria particular dentro la más importante fuerza política que conoció la historia de nuestro país.

¹ IDAES-UNSAM.

² IDAES-UNSAM.

El Peronismo a debate: identidad política e historia reciente en la revista *Unidos* (1983-1988).

Introducción.

El año 1983 fue testigo de la descomposición final del régimen militar que gobernaba *de facto* la Argentina desde marzo de 1976. La democracia se abría paso nuevamente, después de siete años de ausencia, en el horizonte de los argentinos. Recomponer el Estado de Derecho, pisoteado hasta límites inimaginables por la práctica sistemática del Terrorismo de Estado, aparecía finalmente como una posibilidad cierta y, al mismo tiempo, urgente. Participando de este impulso democratizador, una multiplicidad de actores pretendían reintegrarse a la vida política argentina. Dentro de este conjunto, el sistema de partidos parecía reactivarse al calor de las futuras elecciones presidenciales.

En este contexto, durante el mes de mayo de aquel año vio la luz el primer número de la revista *Unidos*³. Nacida en el seno de un grupo de autoproclamados militantes peronistas –su mayoría con un paso previo por la JP Lealtad⁴–, la publicación hacía su aparición en medio de una de las coyunturas más difíciles de la historia del peronismo, que se encontraba entonces sumido en una crisis de la cual no avizoraba salida: a la desaparición física del líder histórico y a la experiencia desastrosa del último gobierno peronista se sumaría luego la derrota –la primera en la historia del peronismo– en las elecciones presidenciales de octubre de 1983 a manos del radicalismo, encabezado por Raúl Alfonsín. Inmersa en este clima, la publicación se presentaba como una empresa político-intelectual gestada desde el peronismo, la cual pretendía “contribuir al proceso de institucionalización de la lucha por las ideas” dentro del movimiento (Álvarez *et al*, 1983). En el horizonte inmediato de la nueva revista, reposicionar al peronismo en el nuevo escenario político que se abría con el regreso de la democracia aparecía como una tarea impostergable, cometido al que se abocaría de lleno desde sus primeros números.

Esta ponencia se propone analizar la revista focalizándose en los artículos escritos por cuatro de sus integrantes: Carlos “Chacho” Álvarez, Norberto Ivancich, Arturo Armada y Mario Wainfeld⁵. El recorte planteado se apoya en dos criterios fundamentales: por un

³ La revista, fundada por Carlos “Chacho” Álvarez, publicó un total de 23 ejemplares entre mayo de 1983 y agosto de 1991, cuando dejó de editarse. Su tirada y periodicidad fueron irregulares, oscilando en paralelo a los avatares del proyecto político conocido como la *Renovación Peronista*.

⁴ La JP Lealtad surgió como una escisión al interior de la Juventud Peronista en rechazo a la lógica de enfrentamiento con Perón desarrollada por Montoneros, proceso que alcanzó su punto de quiebre definitivo con el asesinato del dirigente metalúrgico José Ignacio Rucci en septiembre de 1973. La nueva organización se presentaba como un intento de reafirmación del liderazgo de Perón en medio del desafío lanzado por la Tendencia Revolucionaria. En consecuencia, la lealtad al líder y el elogio de sus capacidades como conductor del movimiento aparecían como una de las banderas fundamentales de la nueva fuerza política (Montero, 2009).

⁵ Los autores analizados, previo a confluir en la JP Lealtad, desarrollaron una militancia política activa en diversas agrupaciones, en su mayoría vinculadas al peronismo. Carlos Chacho Álvarez dio sus primeros pasos en política en el peronismo de izquierda. Comenzó a interesarse en la política dentro de los grupos ligados a la entonces CGT de los Argentinos, opositora al régimen militar de Juan Carlos Onganía. En la década del `70

lado, en el importante lugar que los cuatro nombres ocupaban en la estructura de la revista y, por el otro, en la preeminencia de artículos con su firma a lo largo de los sucesivos números de la misma⁶. En base a estas circunstancias, creemos posible afirmar que los individuos elegidos, a pesar de su número reducido, asumían un rol decisivo en la orientación y las posturas asumidas por la publicación, lo que torna representativo su estudio a la hora de dar cuenta, en un nivel general, de los derroteros teóricos y políticos de *Unidos*. Por otro lado, la experiencia y los espacios de militancia compartidos por estos personajes permiten pensar en una visión compartida, si bien no monolítica, de la historia reciente argentina –y del peronismo en particular– así como también una similar concepción de la *praxis* política: en la revista confluyeron una heterogeneidad de miradas que, sin embargo, mantuvieron sus diferencias en unos límites que habilitan su estudio conjunto.

Una serie de trabajos anteriores se dedicaron a examinar diversos aspectos relacionados con *Unidos*, como por ejemplo las definiciones político-ideológicas desarrolladas por la revista (Garategaray, 2010) o el papel desempeñado por la misma en las disputas internas del peronismo (Escher, 2007). Esta ponencia, sin embargo, pretende enfocar el análisis desde otro ángulo, proponiendo una perspectiva complementaria a las anteriores: se plantea, tomando como base los primeros ocho números de la revista –que abarcan desde mayo de 1983 hasta diciembre de 1985⁷–, examinar la reconstrucción del pasado reciente que se opera en sus páginas. Esto, con miras a dos objetivos fundamentales: el primero de ellos, poner en diálogo el relato sobre el pasado reciente elaborado por la revista con aquél impulsado desde el alfonsinismo, el cual delimitó los marcos interpretativos válidos para el período (Crenzel, 2008); el segundo, determinar la naturaleza del vínculo entre ese intento, realizado por *Unidos*, de interpretar el pasado inmediato y la cambiante coyuntura política atravesada por el peronismo durante la transición.

fundó sucesivamente FORPE y 17 de Noviembre, agrupaciones que se inscribían dentro del denominado peronismo revolucionario pero que no acordaban con la estrategia de lucha armada que sustentaban las organizaciones político-militares. Norberto Ivancich militaba en los años '70 en CEP (Comandos Estudiantiles Peronistas) que junto a otras agrupaciones estudiantiles de distintas facultades formaron la JUP (Juventud Universitaria Peronista) que se extendió hasta el '75 para confluir después en la JUP Lealtad. Mario Wainfeld estuvo vinculado al Frente Estudiantil Nacional, militó en la JUP (Montoneros) y después en la JUP Lealtad. La militancia en el peronismo de Arturo Armada vino del contacto con una agrupación universitaria y una institución: la agrupación Movimiento Humanista Renovador (MHR) de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Asimismo, tuvo una presencia importante en el Centro Argentino de Economía Humana, el CAEH.

⁶ Álvarez fue, además del fundador de la revista, su primer director, mientras que los otros tres integraron su Consejo de Redacción desde prácticamente el primer número. Mario Wainfeld, incluso, llegó a dirigirla a partir del número 20, con motivo del alejamiento de Álvarez, siendo Arturo Armada el Secretario de Redacción).

⁷ De los veintitrés números que componen la tirada total de la revista, publicados entre mayo de 1983 y agosto de 1991, este trabajo profundiza en el análisis de los primeros ocho dado que en los restantes quince las referencias al pasado reciente se vuelven minoritarias dentro del contenido de la revista.

Este trabajo propone pensar a *Unidos* como el exponente de una generación intelectual que, nacida al calor de los debates que atravesaron al peronismo en los años '70, se insertó en un contexto político signado por la entronización de la democracia como valor político supremo, así como también por un fuerte rechazo hacia las formas de hacer y pensar la política durante la década anterior. Para lograr insertarse en el mismo, los intelectuales nucleados en torno a la revista elaboraron un relato en el que, manteniendo su filiación identitaria con el peronismo –rescatando algunos elementos del movimiento y condenando otros–, buscaron a un tiempo definir su identidad política en el presente y ofrecer una propuesta en clave renovadora para la nueva coyuntura política abierta por la democracia.

Erigida como una temática central durante los comienzos de *Unidos*, la preocupación por la historia reciente fue perdiendo espacio, con el correr de los números, frente a asuntos de la coyuntura política inmediata. Este trabajo propone entender esta transformación en el contenido de la publicación como un síntoma de los cambios operados al interior del peronismo. Así, la publicación ilustra un desplazamiento temático dentro del peronismo en transición, que pasó de una etapa de fuerte crisis orgánico-identitaria (1983-85) a la de su renacimiento como opción política válida para la democracia argentina al calor de la *primavera renovadora* (1985-88).

El peronismo en la encrucijada de la transición democrática: el surgimiento de *Unidos*.

El tramo final del derrumbe de la dictadura militar se inició luego del fracaso estrepitoso de Malvinas, el cual se sumó al descalabro económico generalizado y a la creciente presión local e internacional con motivo de las innumerables denuncias por las violaciones a los derechos humanos en el país. En medio del repudio generalizado hacia su presencia en el gobierno, los militares optaron por iniciar el recorrido que llevaría a la reapertura democrática luego de siete años de gobierno *de facto* (Romero, 2012). El 30 de Octubre de 1983 fue la fecha fijada para que los argentinos volvieran a expresar su voluntad en las urnas, día que quedaría grabado a fuego en la memoria de la sociedad argentina, y en particular en la del pueblo peronista, como aquél en el que lo imposible cobraría vida: por primera vez en su historia, el peronismo caía derrotado en elecciones presidenciales libres, sin restricciones de ningún tipo, frente al radicalismo (Novaro, 2010).

Estos acontecimientos que tenían lugar en el país hicieron sentir sus efectos sobre la sociedad y la política de la Argentina de la transición, ocasionando una serie de transformaciones de las cuales nos vamos a concentrar en tres: en primer lugar, se produjo una transformación radical en la cultura política de la época; a su vez, se estableció una interpretación legítima, sustentada desde el Estado, respecto a los acontecimientos del pasado reciente; finalmente, estalló la crisis que se venía amasando desde hacía una década atrás dentro del peronismo. *Unidos*, criatura peronista pero a la

vez hija de su tiempo, participó y se vio atravesada por estos tres procesos, cuya influencia se dejó entrever en el contenido de la revista.

La caída del gobierno militar encontró a una sociedad deseosa de dejar atrás los modos de pensar la política propios de los años '60 y '70, centrados mayoritariamente en la idea de revolución y basados en una lógica de confrontación entre campos irreconciliables. Esta circunstancia favoreció una significativa transformación en términos de la cultura política dominante, proceso que recibió un fuerte impulso desde el flamante gobierno: para superar los viejos esquemas polarizados, que postulaban el empleo de métodos violentos –lo que se tradujo, en muchos casos, en su puesta en práctica efectivo, el gobierno radical se rodeó de un discurso que hiciera su fuerte en valores democráticos e igualitarios: “el *pluralismo*, el *diálogo*, la *diferencia*, y la *tolerancia para todos* eran elemento recurrentes y consensuados de ese nuevo discurso democrático (Di Meglio *et al*, 2005: 2). Esta transformación operada en la cultura política sería uno de los logros más sólidos del alfonsinismo, sobre todo en comparación con la suerte corrida por sus propuestas de recuperación económica y modernización de las estructuras del Estado: la herencia de la administración Martínez de Hoz, sumada a los frecuentes enfrentamientos con diversos actores de la escena política local –el caso de los sindicatos es un buen ejemplo de esto– dieron por tierra con los vastos planes de cambio del alfonsinismo.

El éxito de esta nueva cultura política centrada en los valores de la democracia y el pluralismo –expresados a través de una retórica humanitaria (Franco, 2008)–, se vio apuntalado por el nuevo *régimen de memoria*⁸ que hegemonizó las aproximaciones al pasado reciente durante los años de la transición. En consonancia con los nuevos modos de pensar la *praxis* política, la recuperación de los acontecimientos pasados se realizaba partiendo de la idea de la democracia como valor supremo. La intención de juzgar a los responsables de las violaciones a los derechos humanos durante la dictadura militar, sumada al deseo de marcar una frontera con ese pasado, fueron el impulso para abordar la historia reciente. En esta empresa de memoria jugó un rol central el *Nunca más* (1984), cuya interpretación sobre el pasado inmediato “integró ciertos principios de la democracia política, los postulados del gobierno de Alfonsín para juzgar la violencia política y la narrativa humanitaria forjada durante la dictadura para denunciar sus crímenes” (Crenzel, 2008: 24). Del informe, especialmente de su prólogo, se desprendía una condena absoluta a la violencia política, tanto de los militares como de las organizaciones armadas. Ambas quedaban hermanadas bajo el rótulo de *terrorismo*, siendo la distinción entre una y otra una cuestión de grado y no de naturaleza: “a los delitos de los terroristas, las Fuerzas Armadas respondieron con un terrorismo infinitamente peor que el combatido” (CONADEP, 1984: 7). El fresco resultante era el de una sociedad desgarrada por dos violencias desenfrenadas, ante las cuales

⁸Emilio Crenzel define *régimen de memoria* como “aquellas ‘memorias emblemáticas’ que se tornan hegemónicas en la escena pública al instaurar, a través de prácticas y discursos diversos, los marcos de selección de lo memorable y las claves interpretativas y los estilos narrativos para evocarlo, pensarlo y transmitirlo” (Crenzel, 2008).

permanecía anonadada y a las que, por sobre todas las cosas, era totalmente *ajena* (Crenzel, 2008).

Con el descalabro de la última presidencia de Perón y, en especial, del bienio de Isabel como telón de fondo, a lo que se sumaba la incapacidad para lograr establecer una sucesión legítima del liderazgo extinto, el peronismo sufrió la estocada definitiva al caer derrotado en las elecciones de octubre de 1983. La asociación inmediata, en el imaginario de una buena porción de los argentinos, entre peronismo y violencia hizo que un electorado deseoso de cortar definitivamente con un pasado de terror y muerte se volcara hacia el “partido de la democracia, como lo presentaba Alfonsín (Novaro, 2010: 196). La combinación de estos factores aceleró el estallido de la crisis al interior del movimiento, la cual abarcaba el plano organizativo pero también el ideológico del peronismo (Escher, 2007: 1). Expresión de lo primero fue la división entre “renovadores” y “ortodoxos”, quienes se disputarían la dirección del movimiento a lo largo de la década. *Unidos* fue, por su parte, el principal exponente de la disputa en el terreno intelectual, en el cual se jugaba la cuestión central de la definición de la identidad de un movimiento peronista en descomposición. Es en este sentido que debe entenderse el giro hacia el pasado operado en la revista.

***Unidos* o la lectura del pasado reciente en clave peronista.**

La derrota electoral de la fórmula Luder-Iglesias les demostró a varias de las figuras principales del peronismo la necesidad de revisar algunas de las ideas centrales que hacían a las formas de pensar la *praxis* política y que, a su vez, modelaban la identidad del movimiento. Ambas cuestiones, en el fondo, respondían a una misma preocupación: conseguir la inserción del peronismo en la nueva etapa democrática. En este contexto de autocrítica y replanteos se produjo la aparición de un grupo conocido como la "renovación", emergido de la derrota de 1983, el cual veía con buenos ojos la idea de repensar la identidad peronista adaptándola a los nuevos tiempos de la posdictadura (Pavón, 2012).

El crecimiento de la tendencia renovadora se produjo desde diferentes lugares e integrando una heterogeneidad de miradas, pero esta diversidad se aunaba bajo un sustrato común: la oposición al sector más ortodoxo del peronismo. Esta vertiente, vinculada a Isabel y a ciertos sectores del sindicalismo, era reacia a las autocríticas y a emprender cualquier revisión de la identidad peronista. La tensión entre ambas líneas del movimiento fue *in crescendo* hasta que, finalmente, en 1985 los renovadores propiciaron la ruptura alegando su rechazo al continuismo de las viejas figuras partidarias y a sus modos de concebir la *praxis* política.

La posibilidad de una renovación del peronismo implicaba un desafío doble: a las transformaciones publicitadas en el plano de lo orgánico, que incluían la propuesta de reorganización de las estructuras partidarias y del movimiento, se sumaba la necesidad de desbaratar la cadena de asociaciones que ligaban al peronismo con un pasado de violencia, autoritarismo y enfrentamiento del que la sociedad pretendía deshacerse en la

nueva etapa. En este último punto se concentró la atención de *Unidos* en sus primeros números, y fue como consecuencia de ello que cobró relevancia en sus páginas la evaluación de los hechos de la historia reciente, en particular, de los años '70: este sería un punto crucial en el proceso de resignificación identitaria del peronismo en el marco de su estrategia de inserción política en el nuevo contexto democrático.

Fundamentalmente en los primeros tiempos de la revista (1983-85), la preocupación por el pasado inmediato –por los modos de conceptualizarlo y, en particular, por la definición del rol jugado por el peronismo durante dicha etapa– fue uno de los tópicos centrales de *Unidos*. Los dos primeros números, de mayo y julio de 1983, dejaban entrever lo que sería una constante luego de la derrota frente al alfonsinismo. En el primero de ellos, luego de una declaración acerca de los principios y la identidad de la revista –“resultado del encuentro de un conjunto de militantes peronistas” que concebían a la discusión sobre las ideas como “uno de los principales instrumentos de la lucha política” (Álvarez *et al*, 1983) – florecen las referencias al pasado reciente: en particular, los artículos escritos por Carlos “Chacho” Álvarez y Mario Wainfeld ensayaban una interpretación de los sucesos de la última década.

El artículo de Álvarez –“Bases para un programa de gobierno”– giraba en torno a la importancia que revestía la indagación sobre el pasado reciente en la definición de la acción política en el presente. Se destacaba en él la importancia del posicionamiento frente al pasado reciente, y del rol asignado en él al peronismo en el mismo, cuando al hablar de la última dictadura militar sostenía que “el sentido del tiempo existente en una época y en una comunidad determinada incide en la definición de una política; forma parte de ésta y de su práctica” (Álvarez, 1983a). El pasado aparece, en la lectura de Álvarez, como un faro que permitieran iluminar el presente del peronismo, proveyéndole de elementos que le permitan la redefinición de su identidad y propuesta políticas: “tener claro el pasado y sus enseñanzas debe servir para alumbrar la nueva propuesta justicialista de poder. Esto significa servirse del pasado, pero no congelarse en él” (Álvarez, 1983a). En una coyuntura crítica, donde la propia identidad se revelaba difusa y los nuevos vientos de la política parecían soplar hacia otros lares, la vuelta al pasado surgía como un instrumento fundamental para el reposicionamiento del movimiento peronista en la escena política.

El artículo de Mario Wainfeld “El gobierno peronista 1973-76. El Rodrigazo” (Wainfeld, 1983a) realiza, continuaba el espíritu del de Álvarez al destacar la importancia de la crítica del pasado para delinear un horizonte de acción en el presente, en el que “los aciertos y fracasos del tercer gobierno peronista [fueran] tenidos en cuenta para el futuro” (Wainfeld, 1983b). También se hacía presente la preocupación, aun antes del fracaso electoral, por disputar esa imagen del peronismo –asociada a la violencia política y el caos económico– cristalizada en el imaginario colectivo de amplias capas de la sociedad argentina: no era posible, señalaba Wainfeld, aceptar “la historia negra tejida por los órganos oficiales”.

La figura de Perón, más precisamente su papel durante la presidencia de 1973-74, ocupa un lugar central en las reflexiones de los autores analizados. El viejo líder era revestido con el ropaje de la conciliación, considerado como “la única fuerza centrípeta capaz de articular la complejidad de las oposiciones sociales” (Álvarez, 1983b) que surcan el cielo tormentoso de la política argentina durante los años previos al golpe de Estado. Más aún, Perón era presentado como el artífice de un último y, a la luz de la experiencia posterior, fallido intento por dar forma a una “cultura política” en la Argentina. Hasta entonces inexistente en el país, ésta se caracterizaba por “el reconocimiento común de un sistema político como espacio legítimo para dirimir los conflictos” (Álvarez, 1983b). Bajo la forma concreta de una “democracia integrada” –una versión ampliada de la “Comunidad Organizada”, con espacio para acoger a más actores políticos y sociales (Álvarez, 1983b)–, buscaba integrar a una multiplicidad de sectores peronistas y no peronistas en una apuesta por debilitar a las fuerzas centrífugas que amenazaban con desgarrar la vida política argentina. Este proyecto de un espacio político plural centrado en los valores de la democracia tenía, incluso, un lugar reservado para los sectores vinculados a la lucha armada, a los que el viejo caudillo intentaba “encauzar” hacia una práctica política no violenta (Álvarez, 1983b).

Esta imagen de Perón, consonante con el discurso político de la democracia y el pluralismo propio de la transición democrática, en un mismo movimiento redundaba en un doble beneficio para la estrategia del peronismo en la nueva etapa: por un lado, desvinculaba al líder de cualquier responsabilidad por la violencia característica del último período, dejando su figura impoluta en medio de la sangría generalizada. Pero, al mismo tiempo, dotaba al peronismo de un antecedente democrático inmediato que permitía, en el nuevo contexto, debilitar la asociación entre esa fuerza política y el autoritarismo que se pretendía dejar atrás.

La reflexión en torno a la figura de Perón se volvía más acuciante aún ante la necesidad de significar la derrota de 1983 y de encontrarle una salida a la crisis política del movimiento. El período 1973-76 aparecía a los ojos de los autores relevados como el momento crucial donde buscar una interpretación para la debacle presente. Siguiendo esta línea abría Mario Wainfeld su artículo en el número 3 de la revista, correspondiente a agosto de 1984:

“Este artículo pretende examinar brevemente en qué medida incidió la experiencia gubernamental de 1973–1976 en nuestra derrota electoral de 1983. El sólo planteo del tema figura una respuesta: la derrota del 30 de octubre de 1983 se empezó a plasmar desde la muerte de Perón, sucedida apenas al año y un mes de asumir el tercer gobierno (Wainfeld, 1984a).

Tal como se desprende de la cita, la muerte de Perón, ocurrida el 1 de mayo de 1974, llevaba inscripta la derrota frente al alfonsinismo. Más allá del sesgo teleológico contenido en la afirmación de Wainfeld, lo interesante es analizar el rol que se le asignaba a la figura de Perón en una interpretación de este tenor. Ya no era sólo el paladín de la democracia y la conciliación, el antecedente inmediato de la nueva cultura

política dominante de la Argentina posdictatorial. En la nueva coyuntura, su figura era el factor explicativo de la derrota electoral y la crisis desatada el interior del peronismo: su desaparición física era interpretada, entonces, como un hito que partía en dos la historia del movimiento y, en consecuencia, era “imprescindible diferenciar lo sucedido antes y después de muerto Perón (Wainfeld, 1984a)”. Uno de los éxitos de la propaganda militar había sido, según Wainfeld, la capacidad de borrar esa distinción entre los dos momentos de la historia del peronismo: se ocultaron los gloriosos años de la lucha popular que mediaron entre el golpe a Perón y su retorno al gobierno en 1973, ofreciendo a la sociedad la imagen de la turbulenta lucha intestina del último gobierno peronista como una síntesis de la naturaleza del movimiento. Esta imagen reduccionista habría calado hondo en el electorado argentino de 1983, en particular en sus capas más jóvenes y, como resultado, “quienes sólo lo conocieron [al peronismo] a partir de 1973 pensaron en la metralleta, la cachiporra, en López Rega y en Firmenich. Y en base a esas imágenes votaron” (Wainfeld, 1984a).

La última experiencia del peronismo en el gobierno, tanto con Perón en el poder como durante la presidencia de Isabel, fue otro de los tópicos abordados por la revista. El fallido intento del Pacto Social, instrumentado por Perón durante su última presidencia, era leído por los integrantes de la revista a la luz de la coyuntura política posautoritaria como otra expresión más de la voluntad conciliadora del líder:

“Ya en 1973, el general Perón, atento a las señales que marcaban nuevos rumbos en el acontecer histórico, alcanzó a prefigurar sobre los fuegos cruzados de ultras de izquierda y de derecha, las nuevas formas de convivencia política y social que revalorizaban el sentido de la democracia y redefinían una identidad nacional acorde con la marcha de la evolución” (Álvarez, 1984).

Nuevamente, se dejaba entrever un deseo de reemplazar la asociación del último peronismo con la violencia y el autoritarismo por una nueva en la que resaltara el componente democrático y conciliador de ese gobierno. El Pacto Social, de esencia económica, cobraba en esta relectura una nueva dimensión, política y social a la vez, convirtiéndose en la base de ese proyecto de “democracia integrada” al que hacía referencia Álvarez en otro de sus artículos. Así, el intento realizado por Perón por establecer un acuerdo entre las fuerzas del capital y el trabajo aparecía como un primer paso –endeble, sepultado en la vorágine de las luchas facciosas al interior del peronismo– hacia la nueva cultura política del pluralismo y la conciliación.

La valoración positiva del Pacto Social convivía, en el análisis del último gobierno peronista, con una crítica despiadada hacia el accionar de Montoneros durante el período que va del triunfo electoral de Perón hasta el golpe de estado de marzo del '76. Si bien una postura contraria a la lucha armada era esperable dadas las experiencias de militancia previa de los miembros de la revista,⁹ lo interesante es el empleo de esa

⁹ Vienen de la JP Lealtad (armar texto sobre la postura de este grupo político en relación a la lucha armada).

crítica, en clave retrospectiva, en función de la estrategia política del peronismo en el contexto postautoritario. Fundamentalmente, lo que se desprende de los artículos analizados es un intento muy fuerte por trazar una frontera entre Montoneros y el peronismo, visión que seguía la línea general del relato elaborado por la revista respecto al pasado reciente: el movimiento liderado por Perón era presentado nuevamente como una fuerza política esencialmente democrática, que pretendía establecer líneas de comunicación con una “desviación juvenil” que no entendía razones, engeñecida como estaba por su “infantilismo revolucionario” (Álvarez, 1983b).

Esta inmadurez política de los montoneros se convertía, en el contexto de inestabilidad del último gobierno peronista, en abierta desidia al avivar una escalada de violencia irracional cuyos límites eran impredecibles y que a la larga resultaría funcional a la estrategia represiva diseñada por los militares:

“Esa conducta le vino como anillo al dedo a los enemigos del cambio quienes hábilmente identificaron a toda nuestra generación con el montonerismo. Todo aquel que propugnaba cambios sustanciales en la sociedad era sospechoso de ser guerrillero. La simplificación, iniciada por sectores de nuestro propio movimiento, fue llevada al paroxismo durante el proceso. Los propios montoneros la fomentaron pues los transformaba en el único referente válido del peronismo revolucionario” (Wainfeld, 1984b).

La “simplificación” que menciona Wainfeld es la identificación inmediata –y por momentos lineal– que operó en el discurso y la práctica montoneros entre cambio social y lucha armada, la cual derivó en la entronización de esta última como el instrumento privilegiado –si no el único– de la transformación revolucionaria: “La ‘tendencia’ adoptó, por entonces, una actitud apologética de la violencia política, con el consiguiente desprecio por la utilización de otros medios” (Ivancich y Wainfeld, 1983). Esta postura significaba no sólo un alejamiento de la política de masas sino también la sustitución –o, como mínimo, el relegamiento– de las banderas tradicionales del peronismo por ideas ajenas al movimiento:

“El desplazamiento virulento de la política como acción de masas por la violencia injustificada y sin sentido, el reemplazo de la doctrina peronista por la idea de un socialismo dogmático y autoritario y el intento de sustitución de la relación líder–pueblo por la de cúpula–aparato montonero, hizo que la riqueza y el valor de la lucha aportada al movimiento por muchos nuevos peronistas, quedara como un valor, si no negativo, por lo menos ineficaz para extraer enseñanzas dignas de ser tomadas en cuenta.” (Álvarez, 1984).

El empleo de la violencia por parte de Montoneros, en la interpretación de Álvarez, era atribuida a la influencia de un “socialismo dogmático y autoritario”, ajeno a la doctrina peronista. Caracterizada como un elemento extraño al movimiento, que detrás de su “proclamada adhesión al peronismo” ocultaba “su real oposición al mismo”, se cargaba sobre la organización la responsabilidad del enrarecimiento de “la vida política del movimiento y de la Nación toda” (Ivancich y Wainfeld, 1984). En un intento por hacer aún más tajante esta distinción entre Montoneros y el movimiento peronista,

diferenciación con la cual se pretendía ilustrar la vocación democrática de este último, algunos de los artículos analizados construían una interpretación que se asemejaba bastante a aquella del prólogo del *Nunca más* que hacía referencia a dos violencias contrapuestas: “la crítica a la violencia tiene un origen claro y razonable: el terrorismo de izquierda y de derecha” (Wainfeld, 1984b). Frente a este cuadro, el peronismo –un peronismo “puro”, de masas, sin contaminaciones ideológicas foráneas– quedaba como un espectador indefenso ante la sangría orquestada por “esas violencias ‘igualmente repudiables’” (*Unidos*, n°4, Wainfeld, 1984b).

La imagen de un peronismo víctima de la violencia desplegada por dos fuerzas irracionales se reproducía también, en los artículos analizados, en la caracterización de la lucha facciosa al interior del movimiento:

“Los fuegos cruzados de ultras de derecha e izquierda que impidieron el reencuentro de Perón con su pueblo el 20 de junio de 1973, marcan quizás, el límite crucial entre la lucha por el ideal y una guerra de exterminio elitista y antipopular” (Álvarez, 1984).

El elitismo de la violencia desplegada, su origen eminentemente antipopular, marcaban la distancia que mediaba entre los dos “extremos” que se disputaban la supremacía al interior del movimiento (Wainfeld e Ivancich, 1985a) y el “verdadero” peronismo, partidario de la democracia, el pluralismo y la política de masas. Ambos polos, “montonismo” y “lopezreguismo”, no hacían sino complementarse y realimentarse entre sí, desbordando los límites del movimiento y de este modo “la violencia generada por unos y otros enrarecía la vida política” de la Argentina en general.

Reflexiones finales.

Analizar el pasado reciente era para *Unidos* una tarea fundamental en el proceso que llevaría a la renovación del peronismo y a su reposicionamiento en la cima de la vida política argentina. Con este objetivo, sus integrantes se propusieron refundar el partido y el movimiento –su identidad, su organización, su manera de entender la política– según los esquemas provistos por su forma particular de entender al peronismo. Para lograr articular una visión de presente y futuro que sustentara esta empresa, los *unidos* se lanzaron a interpretar –para integrarlo– un pasado reciente signado tanto por su complejidad como por el dolor que causaba su recuerdo en gran parte del pueblo argentino. Dolor que había cobrado la forma del rechazo, actitud que se expresaba en una sociedad que, con el voto al alfonsinismo, lo que buscaba en parte era dar una vuelta de página a una década donde la lógica polarizadora y el recurso a la violencia –física y simbólica– había impregnado el comportamiento de los actores que animaban la escena política argentina, incluido el Estado.

Este interés por el pasado reciente impregnó los primeros números de la publicación, al punto que varios de los autores analizados le pusieron de manifiesto en sus artículos la

importancia de volver la mirada hacia dicho pasado: la reflexión sobre el mismo ocupaba un rol crucial en su estrategia para superar la crisis interna del peronismo, así como también para su recomposición como fuerza política a escala nacional en el marco de la nueva política democrática.

La figura de Perón, el último gobierno peronista y Montoneros fueron los tópicos que ocuparon un lugar destacado en esta empresa de revisión del pasado encarada por los miembros de *Unidos*¹⁰. La figura del último Perón, analizada desde un lugar que privilegiaba sus aptitudes conciliatorias, de inclusión de los contrarios, y sus intentos por dar forma a una nueva cultura política con eje en la democracia, respondía a una doble necesidad del peronismo en los albores de la transición: por un lado, quebrar la asociación entre esta fuerza política y la violencia y el autoritarismo que habían marcado la tónica de la década pasada. Por el otro, rastrear un antecedente democrático en el peronismo que le permitiera disputarle al alfonsinismo esa imagen de “inventor” exclusivo de la nueva cultura política democrática tan cara al electorado argentino de la primer período posautoritario.

El análisis del tercer gobierno peronista fue siguiendo esta línea esbozada en la reflexión en torno a Perón: el proyecto del Pacto Social, aunque sin haber llegado a buen puerto, fue caracterizado como un primer ensayo de constitución de una nueva cultura política basada en el pluralismo y la conciliación democráticos. Bajo la forma de una “democracia integrada” que ampliaba los márgenes de la tradicional “Comunidad Organizada” justicialista con la incorporación de actores políticos y sociales previamente excluidos, lo que a primera vista aparecía como una estrategia eminentemente económica cobraba también, en la lectura de los miembros de *Unidos*, la forma de una propuesta social y política que buscaba amansar a una sociedad y una vida política sacudidas por una violencia creciente cuyos límites eran difíciles de prever.

En este esquema interpretativo, la organización Montoneros asumió la forma de un *otro* exterior al peronismo el cual, en su ambición por hacerse con el timón del movimiento, había desatado una violencia irracional que contradecía y ponía en riesgo la consolidación de un espacio político pacificado y con capacidad para contener un amplio espectro de tendencias políticas. Concebida como un elemento *infiltrado* dentro de las filas del movimiento, el cual disfrazaba su verdadera ideología detrás de una impostada fidelidad a las banderas históricas del Justicialismo, Montoneros se presentaba como el responsable –responsabilidad compartida con la derecha

¹⁰ También hay referencias, en los artículos de los autores analizados y en los de aquellos que hemos dejado de lado, a otros tópicos vinculados al pasado peronista: su relación con las Fuerzas Armadas, las formas de lucha durante la etapa del peronismo proscripto, la Constitución del '49, entre otros, son algunos de ellos. La selección de los temas a incluir en el análisis desarrollado a lo largo de este trabajo tuvo que ver con su recurrencia a lo largo de los números examinados así como también con la mayor o menor relevancia que los mismos revestían a la luz de la reconstitución de la identidad peronista en el marco del nuevo escenario político de la democracia.

lopezreguista— de la cadena de asociaciones que ligaba peronismo, violencia y autoritarismo en el contexto de la coyuntura política de los tempranos '80.

El lugar asignado a la reflexión sobre el pasado reciente no se mantuvo inmutable a lo largo de la vida de la revista sino que fue modificándose con el correr de los números, cediendo poco a poco lugar a preocupaciones directamente vinculadas con la coyuntura política inmediata. Este corrimiento en el eje de análisis, del pasado al presente, fue contemporáneo de la consolidación del proyecto de la renovación como una fuerza política capaz de disputar espacios de poder dentro de la interna peronista y en el escenario mayor de la política nacional. Como *producción intelectual* de una época, la revista no es concebible por fuera de las coordenadas políticas específicas del contexto histórico de producción en el cual se encuentra inscripta (Di Meglio *et al*, 2005).

La modificación operada en el énfasis de *Unidos* podría entenderse, en consecuencia, como expresión del cambio de prioridades resultante de la nueva posición del grupo de los renovadores en la escena política argentina: durante la temprana transición democrática, la crisis orgánico-identitaria del peronismo —producto de la muerte del líder histórico, del fracaso del gobierno de Isabel y, finalmente, de la derrota electoral ante el alfonsinismo— provocó un giro hacia el pasado reciente como parte de un intento por reinsertar al histórico partido en el nuevo escenario de la política argentina. La modificación de la situación en 1985 —año en que uno de los principales exponentes de la renovación, Antonio Cafiero, fue electo diputado— provocó un cambio sustancial en la vida política del peronismo: la crisis del movimiento fue lentamente dejada atrás en medio del crecimiento en importancia y de la conquista de nuevos espacios políticos de parte del proyecto renovador. Este proceso, que se desarrollaba al nivel de la política, se vio acompañado por una transformación en los contenidos de la revista, la cual fue modificando su interés en torno al pasado reciente en favor de cuestiones ligadas a la política cotidiana.

Esta etapa de crecimiento y consolidación política de la vertiente renovadora del peronismo —de la cual *Unidos* fue en buena medida expresión intelectual— se clausuraría abruptamente con la resonante derrota de Cafiero ante Carlos Saúl Menem en las internas presidenciales de 1988. Dotado de un discurso político que rehuía la reflexión sobre los acontecimientos de la década del '70, el menemismo centraba su apelación al electorado argentino en una combinación de nociones clásicas de la doctrina justicialista —justicia social, bienestar económico— con otras extraídas de un discurso modernizador que emergía como alternativa superadora al caos de la administración alfonsinista. El comienzo de la década menemista marcaba, a un tiempo, el fracaso de un proyecto político y de una iniciativa intelectual que, desde sus respectivos campos de acción, pretendían renovar las formas de pensar y llevar adelante la política dentro de las filas del peronismo.

FUENTES

-Revista *Unidos*. *El 2000 nos encontrará unidos o dominados*. 23 números (mayo de 1983 – agosto de 1991).

ARTÍCULOS CITADOS

***Unidos* Número 1, mayo de 1983.**

-Álvarez, C., Ivancich, N., Mundt, C., Rimedio, A. (1983). “¿Quiénes somos?”.

-Álvarez, C. (1983a). “Bases para un programa de gobierno”.

-Wainfeld, M. (1983a). “El gobierno peronista 1973-76. El Rodrigazo”.

***Unidos* Número 2, julio de 1983.**

-AA. VV. (1983), “Presentación”.

-Álvarez, C. (1983b). “El tercer gobierno de Perón”.

-Wainfeld, M., Ivancich, N. (1983). “El gobierno peronista 1973-1976: Los Montoneros – Parte 1”.

***Unidos* Número 3, agosto de 1984.**

-Álvarez, C. (1984). “El peronismo se transforma o se muere”.

-Wainfeld, M. (1984a). “1 de julio de 1974: el comienzo de la derrota”.

***Unidos* Número 4, “El peronismo, presente y futuro”, diciembre de 1984.**

-Wainfeld, M. (1984b). “Hace diez años sabíamos soñar”.

***Unidos* Número 5, “Peronismo y Sociedad. El abismo y los puentes”, abril de 1985.**

-AA.VV (1985). “El abismo y los puentes”.

-Wainfeld, M. (1985). “Achicarnos políticamente, definirnos socialmente”.

***Unidos* Número 6, “Peronismo ¿el fin?”, agosto de 1985.**

-Ivancich, N., Wainfeld, M. (1985a), “El gobierno peronista 1973-1976: Los Montoneros– Parte 2”.

***Unidos* Número 7/8, Número doble “Después de las elecciones”, diciembre de 1985.**

--Ivancich, N., Wainfeld, M. (1985b), “El gobierno peronista 1973-1976: Los Montoneros– Parte 3”.

BIBLIOGRAFÍA

- CONADEP (1984). *Nunca más: Informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas*. Buenos Aires, EUDEBA.
- Crenzel, E. (2008). *La historia política del Nunca Más. La memoria de las desapariciones en la Argentina*. Buenos Aires, Siglo Veintiuno.
- Di Meglio, G., Franco, M., Silva Aras, S. (2005). “La Argentina en cuadritos (una aproximación a la Argentina reciente desde la revista *Fierro*, 1984-1992), artículo publicado en Publicado en la revista *Entrepasados*, Año XIV, Número 27.
- Escher, F. (2007). “La imposibilidad hegemónica: la Revista Unidos frente a la interna peronista durante la transición democrática en la Argentina (1983-1986)”. Ponencia presentada en *IV Jornadas de Jóvenes Investigadores IIGG*. Instituto de Investigaciones Gino Germani – Facultad de Ciencias Sociales – UBA.
- Franco, M. (2008). *El exilio. Argentinos en Francia durante la dictadura*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Garategaray, M. (2010). “Peronistas en transición. El proyecto político ideológico en la revista Unidos (1983-1991)”. Artículo publicado en la revista digital *Nuevo Mundo-Mundos Nuevos*.
- Montero, A. S. (2009). “Héroes, ortodoxos, disidentes y traidores. Los avatares de la Juventud Peronista Lealtad (1973- 1976)”, versión mimeográfica.
- Novaro, M. (2010). *Historia de la Argentina. 1955-2010*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Pavón, H. (2012). *Los intelectuales y la política en Argentina*. Buenos Aires, Debate.
- Romero, L. A. (2012). *Breve historia contemporánea de la Argentina*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.